


# Felipe N. Villarello, el caballero del verso clásico

## UN CABALLERO DEL SIGLO XIX

l poeta Felipe N. (Neri) Villarello (1853-1921) nació y murió en Toluca. En su larga trayectoria como catedrático del Instituto Científico y Literario despertó la admiración de los alumnos por su pulcritud y elegancia en el vestir y el hablar. Era, de algún modo, el maestro perfecto.

El también poeta Enrique Carniado, su alumno de gramática española, lo describe de esta manera:

Él, que no tuvo hijos en la carne, marcó los espíritus de muchos hombres con el hierro candente de su genio. Dejó en nosotros, los que bebimos sus enseñanzas, la huella indeleble de su saber, de su bondad, de su aristocracia intelectual. Su espíritu, como su cuerpo, vestía la levita cruzada, se tocaba con la reluciente chistera y calzaba el fino zapato agudo de charol [...] Llegaba a los corredores de la escuela, de nuestro querido e inolvidable Instituto, conservando el privilegio de cubrir su cabeza, hasta el límite mismo del aula, con el reflejo de su sombrero de seda; ya descubierto y con el sombrero apoyado en el pecho, avanzaba hasta la plataforma central; su corta estatura se magnificaba por el respeto y la devoción que [...] ponían nuestros ojos, y remontaba el escaño que lo colocaba por encima del plano de la clase, al nivel de su mesa; colocaba en un extremo de ella su sombrero, con el ala hacia arriba; ponía sobre sus bordes los guantes que, aunque no calzara, llevaba siempre en las manos; abría el cajón de su mesa y extraía el libro

de asistencias, empezando a recitar con voz pausada, llena, rotunda, los nombres y apellidos de los alumnos. Cuando el libro había vuelto a su sitio, iniciaba su exposición, clara, bella, inspirada, con impecable sintaxis, giros galanos y escogido léxico; pero tan justa, tan perfecta lo que él llamaba “la concatenación lógica de las ideas”, que sus frases y sus conceptos abrían surcos indelebles en la plasticidad de los cerebros juveniles (citado en Pérez Gómez, 1971: 7).

El maestro Villarelo ejerció la docencia durante varias décadas en la escuela preparatoria y en la de jurisprudencia, y en ambas llegó a ser director. Alumnos de la talla de Horacio Zúñiga (para quien no era fácil desprenderse de un elogio) lo admiraban con vivo entusiasmo por la corrección, claridad y elegancia de sus disertaciones, ya que perteneció a la época del *magister dixit*, aquella tendencia pedagógica en la que la palabra del maestro era un valor incontrovertible y a los alumnos que la escuchaban no les quedaba más remedio que ceder ante la fuerza del saber y la elocuencia.<sup>1</sup>

En las páginas del *Boletín* (la más importante publicación de la época y, tal vez, de la historia completa del Instituto), Villarelo entregó a la imprenta el siguiente soneto:

AL CEREBRO HUMANO

Final de la razón, nube divina  
 donde forja sus rayos la conciencia;  
 templo en el que la sibila de la ciencia  
 los más hondos misterios adivina.  
 Tiempo y espacio y ser... todo se inclina,  
 en el cosmos eterno, a tu presencia,  
 y, al latir tu celdilla, la existencia  
 lo mismo que una aurora se ilumina!...

1 En aquel tiempo, en el Instituto Literario, no se abrían paso todavía las nuevas ideas propuestas por el maestro Agustín González Plata en los artículos y libros por entregas sobre temas didácticos que publicaba regularmente en el *Boletín del Instituto Científico y Literario del Estado de México*.

Mas a pesar de tu poder vidente  
 que de invencible en su labor blasona,  
 te ignorarás tú mismo eternamente,  
 pues, en la alta grandeza que te abona,  
 no sabrás si está Dios... o solamente  
 la vibración sutil de una neurona!...  
 (Villarelo, 1971).

Era un poeta de molde clásico y espíritu romántico, como todos los de su generación, algunos anteriores y otros contemporáneos a los avances del modernismo, que, en autores como Manuel Gutiérrez Nájera, Salvador Díaz Mirón, Amado Nervo y su discípulo Francisco Modesto de Olaguíbel (también institutense) proponían nuevas formas de pulsar la lira.

El maestro Villarelo no publicó sus poemas de manera conjunta. Los que escribió quedaron dispersos en periódicos y revistas, de donde fueron pacientemente recopilados por Gonzalo Pérez Gómez en 1971, y el resultado fue la antología *Obra poética de Felipe N. Villarelo*.

En ese volumen aparece un poema cuya autoría ha sido disputada al maestro Villarelo, ya que algunos críticos lo atribuyen a un poeta michoacano. Posiblemente no haya salido de la pluma del maestro institutense, puesto que su tono poético solía ser más elevado. El texto es el siguiente:

AL CIGARRO

Tan solamente tú, cigarro amigo,  
 eres mi amigo fiel y verdadero,  
 tú de mis gustos eres el primero,  
 de mis pesares eres el testigo.  
 Y si quiero tener un compañero  
 que me hable sin disfraz, tengo contigo  
 en tu ser a mí mismo me contemplo,  
 tú que alientas el saber de que presumo.  
 Con tu fuego mis pasiones simbolizas  
 en que ansioso yo mismo me consumo,  
 me pintas mi fin en tus cenizas  
 y retratas mis quimeras en tu humo  
 (Villarelo, 1971).



Villarelo y sus alumnos. A su diestra, Juan Fernández Albarrán y Horacio Zúñiga.

### TALENTOSO JURISTA

Además de poeta y catedrático, Villarelo fue abogado y escrupuloso servidor público. La carrera de la judicatura no tenía secretos para él, pues la había recorrido toda paso a paso, desde secretario y escribiente hasta juez y magistrado. Debido a que llegó a ser presidente del Tribunal Superior de Justicia, en 1911, en plena revolución mexicana, ocupó fugazmente el cargo de gobernador del Estado de México “por ministerio de ley”.

La carrera de abogado, que él cursó en el Instituto Literario, tuvo algunos periodos de suspensión y receso, debido a los altibajos de la demanda de ingreso y con la sabia intención de no saturar el campo de ejercicio profesional. En 1902, apareció la Ley Orgánica del Instituto que ordenaba: “quedan suprimidos los estudios profesionales para las diversas carreras establecidas en el Instituto por leyes anteriores”. La Escuela Normal de Profesores y las escuelas de Agricultura y Comercio sobrevivieron sólo en calidad de escuelas anexas (Ley Orgánica, 1902).

Sin embargo, cuando la carrera de abogado fue restablecida como Escuela de Jurisprudencia, también en condición de anexa, el maestro Villarelo fue catedrático prácticamente hasta su retiro de la docencia y la función pública. En la solemne ceremonia de

apertura, el 3 de octubre de 1910, el gobernador Fernando González hizo la declaratoria inaugural, el abogado y catedrático Francisco Javier Gaxiola pronunció el discurso oficial, y el maestro Villarelo encabezó el claustro académico.

Al margen de sus actividades como docente (en la preparatoria dictaba cátedra de Español y de Raíces Grecolatinas), fue director de la *Gaceta del Gobierno del Estado de México* y redactor del *Boletín de Hacienda Municipal*. Su producción en la literatura y en el derecho era, al parecer, inagotable.

### SÚBITA DEMENCIA

Con ese prestigio a cuestas y con un reconocimiento total que la sociedad toluqueña nunca le negó, el poeta, jurista, servidor público y catedrático no pudo estar a salvo de un accidente vascular que le provocó un estado de demencia profundo e irreversible. ¿Qué sucedió en su cerebro?, ¿cuál fue la neurona que, recordando su famoso poema, “vibró” mal? Se transformó de la noche a la mañana. Descuidó su arreglo personal y no volvió a ser el atildado caballero que vestía a la moda con oscura levita, sombrero de copa y suaves guantes de piel.

Otro de sus alumnos en el Instituto, el poeta Leopoldo Zíncunegui Tercero, nos dejó un

retrato muy distinto al que hemos transcrito de Enrique Carniado:

Y aquel maestro impecable, aquel príncipe de la palabra, aquel poeta exquisito se convirtió, de la noche a la mañana, en un pobre enajenado [...] A partir de aquella catástrofe y bajo la celosa vigilancia de un celoso guardián, su antiguo cochero, se le veía discurrir por los alledaños de la población, abstraído y distraído como un sonámbulo, ya sin el boato y la prestancia de su persona, denotando el descuido de su indumentaria, ya que el jaquet o la levita cruzada habían sido sustituidos por un saco viejo lleno de lamparones y el espejeante sombrero de copa por una vulgar cachucha de abarrotero o por un mugroso chambergo exhumado de algún arcaico guardarropa (Zincúnegui, 1971).

Don Felipe N. Villarello se llevó a la tumba el secreto de sus últimos pensamientos y el enigma del espeso velo que cubrió su clara inteligencia y lo hizo transformarse frente a quienes tanto lo habían admirado, dentro y fuera de la cátedra.

La muerte fue un tema que cultivó con originalidad y frecuencia. En 1880, frente a la tumba del general Juan N. Mirafuentes, gobernador del Estado de México, a manera de oración fúnebre, pronunció un sentido poema al que pertenecen las siguientes estrofas:

¡Triste es mirar sobre el esbelto tallo  
morir la flor que se meciera ufana  
al suave abrigo del alegre mayo  
y triste es ver que en el cenit apenas  
de una existencia halagadora y fuerte,  
el pie tropieza, y se desliza luego  
en ese abismo que se llama muerte!  
¿Qué es la muerte, Dios mío?  
¿Qué es lo que arrebató a nuestra frente  
los alegres matices de la vida  
que trazó tu pincel omnipotente?  
¿Qué es eso que roba

al corazón ardiente el sentimiento  
y al cerebro, esa nube de tu gloria,  
el relámpago audaz del pensamiento?  
¿Será el genio contrario a tu existencia?  
¿La sombra de su luz tu opuesta esencia?  
¿El rival soberano  
que tu grandeza en disputar goza  
abriendo una flor tú, y él una fosa?  
No; la muerte es también una obra tuya,  
más todavía, la clave de la vida,  
es el sumiso arcángel  
que el tardo vuelo a tu capricho norma,  
haciendo solamente en la materia  
el misterioso cambio de la forma.  
Sin ella, faltaría  
la variedad al mundo y a la poesía  
(*La Palabra*, 1978).

Los restos mortales de Villarello están depositados en la Rotonda de los Hombres Ilustres del Cementerio Municipal de Toluca. LC

## REFERENCIAS

- La Palabra*. Boletín de la Academia de Lengua y Literatura de la Escuela Preparatoria (1978), núm. 2, julio-agosto, Toluca.
- Ley Orgánica del Instituto Científico y Literario* (1902), Toluca, Archivo Histórico de la Universidad Autónoma del Estado de México.
- Villarello, Felipe N. (1971), *Obra poética*, Gonzalo Pérez (pról., recop. y notas), Toluca, Gobierno del Estado de México.
- Zincúnegui, Leopoldo (1971), *Toluca en mis recuerdos*, México, Ediciones L.Z.T.
- INOCENTE PEÑALOZA GARCÍA. Periodista y profesor de lengua y literatura. En 1975 se hizo acreedor a la Presea Estado de México "José María Cos" de periodismo e información. Es poseedor, además, de la medalla "Manuel Buendía" que otorga la Asociación de Periodistas del Valle de Toluca, del Premio Estatal de Periodismo 1974 y del Premio "Ignacio M. Altamirano", instituido por la Legislatura del Estado de México. Desde 1993 es cronista de la UAEM. Recientemente publicó el libro *Verde y Oro. Crónica de la Universidad Autónoma del Estado de México y Toluca: sucesos del siglo XX*.